

Del amor y la baraja



por Andrés Bigorra Mir

Siempre fui rara. Hubo un tiempo en que, además, era joven. Podría hablar de los huesos de mi abuela, del amanecer en la aldea, del río o de las campanas que tocaban a muerto. Pero eso ya lo sabes, o lo imaginas. Ahora leo las cartas como las leyó mi madre y trato de esquivar la compañía y me llaman bruja. Pero eso es ahora. Cuando era joven además de rara, hablaba más y, al reír, enseñaba las encías. Podría hablarte de todo lo que entonces creía cierto. De Dios, del amor, de que existo yo y de que sin mí existirán otros, de que el tiempo pasa y de un destino. Pero eso también lo imaginarás porque, en algún momento todos creemos las mismas cosas. Quizás debería empezar por contarte mi historia, por hacer la cronología como quien hace cuentas. Pero es tan fácil que asusta. Sería hablar de cómo nací aquí y pasé los días y fui a la escuela y me casaron y me mataron al esposo en alguna de las guerras; de cómo me gané la vida, yo solita, escudriñando el futuro en la baraja, lavando sábanas en la corriente. Pero no tiene importancia, o yo no creo que la tenga. En el fondo es lo mismo. Los detalles que siempre se cuentan son lo de menos. Cuando fui a la escuela y cuando me casaron y cuando me mataron al marido y cómo me gané la vida son momentos, y pasaron por mí como pasa la corriente. Ni una marca me quedó, ni siquiera un hijo, un hijo agarrado a los dedos por quien me hubiera de preocupar. Y así, contadas las cosas, ¿qué tienen de especial? Mi historia es la de cualquiera de mis vecinas. Cuando pienso en mi vida, en las nuestras, nos veo tan grises, tan indistinguibles, que me asusto. Pero hay algo que podría contarte. Cuando rocé algo más y era el destino y se estaba equivocando en su llegada. Porque hay un destino, aún lo creo, como aún creo en Dios, en el amor o en que existo y que el tiempo pasa. Pero es un destino tan torpe que casi no tiene importancia. Como todo lo demás.

Tenía siete años. Lo sé porque mi madre había empezado a enseñarme la baraja. No recuerdo la fecha, aunque recuerdo todo lo demás. Sé que era verano, pero que estaba acabando. Siempre he sabido cuando termina, sin calendarios, por un algo en el aire o en el color de las moreras. Madre tendía los trapos y yo le ayudaba, y mientras me iba repitiendo. “Embarazo es ocho de bastos; rey de oros, marido futuro”. Le pasaba la sábana blanca y ella la extendía y la colgaba e imaginaba que así debían ser las velas en el mar que nunca he visto. “Y si a alguna le sale el caballo de espadas, envídale”, y me sonreía, “porque le llegó el amor verdadero”. Debía ser por la tarde, porque el sol, como ahora, ya daba en la viña. Padre llegó sudando, acompañado. Ella dejó de explicarme. Este oficio era un secreto de mujeres, y padre no sabía nada, como no supo mi abuelo o no supo mi marido. Además, había un extraño.

Él era un hombre alto y nervudo, de ojos negros, de cara preocupada. Caminaba a bamboleos, como si no se acostumbrase al calor, ni al campo, ni a su pena. Vestía bien y vestía nuevo. Parecía tan fuera de lugar allí, en la puerta de nuestra casa. Mi madre le ofreció bebida. “El nieto de Manuela, fíjate”, insistía mi padre, como si aquello tuviese importancia, “fíjate tú que grande ya, y que señor.” Mi padre le ofreció uvas, recién cogidas, brillantes, verdosas. Y luego bajaba la voz y le contaba a mi madre y yo lo oía que el pobre, el pobre había venido a buscar a su abuela y ya se habían ido todos. O habían muerto. “Tanta guerra, tanta guerra”, se lamentaba el extraño, “que me tuvo tan lejos, ni despedirme pude”. Yo estaba callada. Le llevé el queso, el pan. Les llevé el vino cuando terminamos la cena, mientras ellos se perdían por los vericuetos de lamentarse, tanta guerra, tanta

hambre y tanta guerra. Mi madre y yo lavamos los platos. Si me temblaban las manos, si pensar en él y acelerárseme el corazón eran una sola cosa, lo atribuí entonces a la novedad. Entonces, que era joven. Porque ahora parecerá mentira, tras tanto año y tras tanto tiempo, dando consejos para la vida y preparando filtros de amor y diciendo, mejor que cualquier margarita, si te quiere o no te quiere. Pero también yo fui joven y también yo reulé. Entonces era demasiado niña. Ni lo hubiera considerado. Con amabilidad, con pena, le invitaron mis padres a pasar la noche en el pajar.

Aquella noche tenía siete años y el verano terminaba, yo lo sabía. Hacía calor. Había algo de horno aquella noche, algo que me hacía sudar en la cama y que me tenía con los ojos abiertos. Quizás era el misterio de lo que mi madre me enseñaba. Entonces, parecía un secreto, un tesoro: la forma en que una baraja, algo tan simple, podía descifrar el futuro. Mirando al techo, las cartas me pasaban por la cabeza; las murmuraba, paladeaba su significado, lentamente, como un dulce. “Cinco de bastos, fortuna en el juego; tres de oros, incendio”. Mis padres roncaban, sólo mis padres. “Dos de copas”, susurraba, “debes prestar atención”. Al principio no le oí. Luego me di cuenta de que le había escuchado todo el tiempo, insomne, dando vueltas en la cama. Pero di por sentado que era él cuando oí que se abría la puerta. Durante varias cartas más permanecí en la cama, inquieta también, acosada por el calor. Odio ese tipo de noches. Ahora pienso que no era el calor, que era el destino, equivocado, tirándome de los hilos, pero entonces parecía natural estar despierta musitando cartas y escuchando a las chicharras incansables. En algún momento, me cansé de la baraja. Fue desagradable despegarme de las sábanas, ponerme de pie, bucear por el aire pegajoso hasta la puerta. En efecto, estaba abierta.

Afuera el cielo brillaba. De joven me preguntaba como no se caían las estrellas, unas encima de otras, sobre otras, cuajando el aire. De joven, mirar al cielo me daba vértigo. Él estaba allí, en calzones, sentado en el banco y mirando al cielo. Es posible que estuviera llorando. Pisé la arena descalza. No ardía como por la tarde, pero aún guardaba el calor como un rescoldo. En la planta de los pies se me clavaban las piedrecillas y yo contenía el aliento. Aún fuera hacía calor. Le miraba a él mirando las estrellas y, sin moverme, me preguntaba cómo se las apañaría para evitar el vértigo y la náusea de verlas, ahí, tantas y tan brillantes, colgando sabe Dios cómo. No se cuánto estuvimos así. Ahora creo que igual que el destino es torpe, el tiempo es inconstante. Que a veces se olvida de que tiene que pasar y te deja días y te deja horas colgando en un segundo que se repite. Sin la repetición, creo yo, el tiempo tendría demasiado trabajo. Y aquel fue un segundo repetido: inspirar, expirar, inspirar, expirar, un segundo que se repitió durante horas, un segundo con el corazón retumbando mientras le miraba mirar. En algún entonces me vio.

No había dicho palabra, pero quizás me oyó respirar contra el estruendo de las chicharras. Intenté sonreír, pero no hice nada. Él me miró a los ojos y algo en su cara, algo en el rictus de su boca, me hizo sentir el mismo vértigo que cuando miraba las estrellas. El corazón me galopaba. Me hizo un gesto, con la mano, como a una niña, “siéntate”. Me hizo sitio en el banco. “Tampoco tú puedes dormir, ¿no es eso?”, susurraba, “Este calor...”. Y siguió hablando. Me habló de las estrellas, de que eran luces lejanas y brillantes, de la ilusión de verlas todas juntas. Me habló del sol y de la luna. Me contó, tenía la voz tan suave, cómo funcionaba el espacio, y la tierra,

y el agua y la luz, a mí, que aún no había visto un mapa. Me habló de la Tierra y del Universo. Siguió hablando para señalar estrellas y siguió explicando y explicando y pude mirar arriba con el vértigo sustituido por una sensación de pequeñez. Éramos un grano de arena, me dije, nada más que un grano de arena. No sé cuando me cogió la mano. Durante los años reflexionaría a menudo sobre aquella noche, sobre el extraño y su mano sobre la mía y su boca susurrando y susurrando en contraste con las chicharras. El calor amainaba. En algún momento amainó bastante y me vino encima el cansancio y caí dormida sin darme cuenta, suave con su susurro y mi mano pequeña en su mano curtida. Para cuando desperté ya se había ido.

Mi biografía siguió su paso inexorable. Mejoré en las barajas hasta sobrepasar a mi madre, con los ases y los sietes y los reyes y los oros. Fui a la escuela. En un día de verano enterramos a mi madre en un nicho donde daba sombra y quedó a mi cargo llevarle claveles blancos en el día de los muertos. Les leí la baraja a sus clientes. En un día de mayo conocí a mi marido como quien conoce a un accidente, cogiendo flores o yendo a la ermita, y ni siquiera entonces me pareció apuesto. Nos casamos por pura inercia. En un día lluvioso estalló otra vez la guerra y fue de lo poco, de lo poco del país que oímos hablar, cuando se nos llevaron a los hombres para ponerles fusiles. No tenía hijos, malviví. En un día brillante, de esa luz fría que me hace pensar en el invierno, enterré a un tiempo a mi padre y a mi marido, los dos atravesados por una mala casualidad. Limpié sus cadáveres, no besé sus frentes. En un día de olor a ciprés dije adiós a mi única amiga, Teresa, que se marchaba del pueblo y que no he vuelto a ver. Me hice vieja. Cuando vino el invierno y se me arrugó la piel y el pelo se me hizo un nubarrón y se me nubló la vista, entonces ya desesperé del destino para siempre.

Pero ni toda esa biografía me sirvió para olvidar a aquel hombre. Durante los años había repetido en mi cabeza ese recuerdo, esa voz suya hablándome de las cosas. Sobre todo al final del verano. Sobre todo mirando al cielo sin vértigo y con pequeñez, mientras pensaba en la tierra y en las estrellas y en la luna y en el infinito, terrible vacío. También, sobre todo, cuando ya perdí a mi marido y era viuda y era arisca y nadie iba a amarme ni a darme hijos: estando sola. El tiempo se deslizaba y seguía pensando en él. Le hubiera hablado de la escuela, de casarte con quien no quieres, de la guerra, de mis rigores, de mis victorias y derrotas, de las ideas que iba teniendo. Tuve muchas. La conversación se enriquecía, se desprendía, se cambiaba como yo iba cambiando. Él, pensaba, sonreiría. Si hubiese venido de nuevo, me decía poniendo el puchero, no cometería el error de estar callada y no saber que hacer con el temblor en el pecho y su mano en mi mano. Él, pensaba, me querría. Sin poder evitarlo, le encantaría con mi historia, porque ya tenía una vida y unas opiniones, un cuerpo para querer, me decía, que con siete años me faltaba. Donde antes estábamos confusos, pensaba, ahora estaríamos enamorados. Pero por supuesto, acabé por darme cuenta.

Porque yo, que leía la baraja, no me había resistido el leérmela a mí misma. No sé cuando. Debió ser después de casarme, antes de la guerra, cuando me preguntaba por qué no y por qué no, por qué no tenía yo hijos. Quizás quería saber eso. Eso y que aún me preguntaba por aquel extraño que vino a casa y me cogió la mano y me enseñó lo que era el cielo. Barajé, dispuse, revelé las cartas. Cuando el primero fue el caballo de espadas yo, que a mi marido ni le amaba, que esa carta era la última que podría haberme esperado, deshice. Barajé, dispuse, revelé las

cartas de nuevo. No fue en el mismo día, porque no es fiable, y la verdad es que ni sé si sería en el mismo año. Pero hubo caballo de espadas. Y luego las cartas hablaban de que éramos felices y teníamos amor y suficiente dinero, de que la salud iba bien, de que viajé al Nilo y estudie Historia, de que el diez de mayo de hacía tres años me había nacido el niño más lozano de la tierra. Nada de eso había pasado. Días después repetí y se repitieron. Meses después, pasó lo mismo. Como la marea volvía siempre a las cartas y las cartas no cambiaban porque el destino no cambia ni el pasado tampoco. Con los años hubo más. Me esperaba fama, me decían, con mi tesis sobre romanos; me esperaba una niña que sería arqueóloga, el amor inacabable de mi esposo y un nieto que pisaría la luna. Yo leía incrédula cartas tan seguras. Insistían, decían que nací humilde y que conocí a mi marido por casualidad y que nos fuimos juntos tras una noche mirando las estrellas. Y aún con esas cartas, me costó entender.

Fue, de nuevo, hacia el final del verano. El sol daba como entonces, como ahora, hacia la viña; en la habitación, la luz era dorada. Estaba con una mujer que no era del pueblo. Venía recomendada, y yo recuerdo su pelo rubio y rizado que a contraluz parecía una aureola. Quería que le leyese las cartas. Lo había confesado a media voz, amarrando un pañuelo con manos blancas y heladas de estatua. Su expresión tenía algo Virgen en el Calvario. Algo duro y triste, algo que no se podía decir del todo, escondido debajo de las flores remendadas de su ropa. Barajé, dispuse, revelé las cartas. Su hijo, me decían y le dije, caería enfermo pronto y tosería y estaría cerca de una muerte que evitaría al comer sólo cebolla. “No tengo hijo, sino hija”, me dijo y vacilé, pues las cartas eran claras. Seguí. Ella, me decían y le dije, ganaría bastante dinero si en vez de limpiar casas se ofrecía a dar clases de

francés: una familia rica le contrataría. “No se francés, ni limpio casas: soy lavandera”, me dijo, y a mi me temblaron las manos. Seguí. Su marido, me decían y le dije, correría el peligro de caer en el alcohol y si ella era fuerte y lo impedía, si apartaba de él la botella, vendría a casa con un nuevo y mejor puesto. Sus manos apretaban el pañuelo. “Soy soltera”, musitó, como quien confiesa un pecado. “Soy soltera”, repitió, su voz sonaba a llanto, “y lo que quiero saber es por mi hija y su embarazo”. Temblaba. “Quiero saber si el hombre va dejarla o a casarse, si sufrirá lo que yo sufrí, si no habrá mano que nos coja ni boca que no murmure. Si hay, de alguna manera, esperanza”. Estaba toda roja, en el esfuerzo de guardarse las lágrimas. Y yo miraba las cartas y me desconcertaba la claridad de su mensaje, escrito tan simple, tan obvio. Habría sabido leerlo hasta cuando era una niña.

Había puesto una vela y humeaba. Repasé las cartas con las espadas sobre el caballo de la enfermedad de su hijo, con el seis de copas sobre el rey y la sota del marido. Repasé el caballo de espadas, que ella no tenía y que yo siempre sacaba sin tenerlo. La luz ya se retiraba, como se retira ahora por las colinas. Me recordé a mi misma como una niña, una noche calurosa, repitiendo, repitiendo contra el estruendo de las chicharras. Entonces pensé en el extraño y fue como un plomo en el alma. Pensé en mis predicciones y en que puestos a imaginar, sólo con el extraño podía imaginarme ese futuro que no pasaba pero que las cartas repetían. Me levanté de la mesa, a ella la había olvidado. Si yo hubiese sido, me decía, mayor, si hubiese sabido, habría pasado todo lo que la baraja contaba. Encadenado, inevitable, un hecho detrás de otro. Le pedí disculpas parca, evitando fijarme en sus manos de estatua sufriendora. Se levantó sin fuerzas. A mi destino le había faltado un detalle, pero claro, sólo uno: las fechas equivocadas como uno se equivoca

haciendo cuentas. Le devolví el dinero, cerré la puerta, me eché a llorar. Porque volvía a creer en el destino y fue entonces, contra la puerta, que cambié mi forma de creer. Me dije: “el destino es torpe”, y fue una verdad dolorosa. Había alguien con quien ser feliz, con quien escaparme, un futuro esplendoroso, una noche tras otra de contar estrellas y sentirse pequeña y sentirse grande sosteniéndole la mano. El destino de mis cartas existía. Y llegó demasiado pronto para llevarme a su paso.

Luego siguieron los años. No quise mirarme la baraja para ahorrarme amargura, me amargué, por supuesto, con mirarla. Vi el futuro y envidié futuro, vi ese pasado que nunca me pasaba. Aguardé una enmienda. Mientras tenía algo de joven, esperaba agarrada a las posibilidades, al mejor tarde que nunca. “Vendrá ahora”, me decía, “como entonces, a los siete, cuando tendí sábanas con mi madre y me hicieron pensar en velas y soñé el mar que veremos juntos”. El tiempo pasaba pisándome la piel. “Vendrá ahora”, murmuraba, “se enmendará el destino y miraremos el cielo y no será ese futuro y aún así será distinto”. Iba arañando la esperanza. Cuando vino un invierno y me vi tan vieja, seguí llorando. Maldije al mundo, maldije a mi destino, maldije las maravillas que nunca iban a ser mías. El tiempo pasaba y seguía llorando. Aún llorando, quemé la baraja. Y aquí estoy. Poco a poco me voy pudriendo en un futuro que no era el mío. Porque el destino, el maldito destino, no sabe lo que se hace. De noche no miro el cielo.

I Premio del Concurso de Cuentos “Joaquín Lamolda Gómez”, 2012

de la Fundación Sierra Elvira

Atarfe, a 24 de mayo de 2012